

Antología del desperdicio

Panorama de la poesía actual

Compilación a cargo de Isidoro Magaux



sinconsentimiento

Colección de poesía



Esta obra se publica en formato digital bajo licencia creative commons. Se permite su uso y distribución libre siempre que sea de modo no comercial y bajo reconocimiento de su autoría.

© Ediciones Magaux 2020

Madrid (España)

info@magaux.es

<http://www.magaux.es>

Introducción

El eminente crítico literario Ernesto Bauzau bautizó como poetas zombis a una generación de rapsodas contemporáneos en lengua castellana que, en la primera década del segundo milenio cristiano, deambulaban por los centros culturales mostrando sus lustrosos premios literarios.

Toda *generacización* es arbitraria, pero en este caso, según nuestro eminente crítico, ese es precisamente el criterio que los une. La arbitrariedad mueve su lírica y los conecta con el mundo. El otro rasgo que comparten estos rapsodas es una cualidad poética de fuerte vigencia en el *transtardopostmodernismo*: el estar en el sitio adecuado en el momento adecuado. Con una persistencia irrompible, todos ellos se paseaban balbucientes por los saraos de las instituciones culturales, concejalías, secretarías, ministerios, academias y asociaciones de vecinos. Todos ellos se escabullían de los recitales —ese era su recital— y dejaban sus recitaciones pegadas a los pasillos. Todos ellos se plasmaban en el diseño gráfico de blogs contruidos a base de bloques de colores y fotos filtradas por automatismos mercenarios, de referencias kitsch al submundo fantasioso del devenir multimediático de nuestra realidad impostada, las series de televisión, los programas estúpidos, los reality shows, las películas de serie cualquier letra, las modas de ninguna parte, los culebrones, el etiquetado minucioso y volátil de los creadores de tendencias, el humorismo banal de esas gentes de miembros flácidos y mal aliento que pueblan el otro lado de las pantallas, etc. Todos ellos, en definitiva, eran zombis de insípida y cuidada presencia que deambulaban con sus publicaciones adheridas a la frente. Y poco más hacían, aparte de teatralizar, dramatizar y ejemplificar la tendencia de la literatura y el arte de nuestros días: la inercia, el postmorten del

mortecino romanticismo, inauténtico casi desde sus inicios, el teatro infantil trasgresor y el haber estado en cualquier ciudad, certamen o festival de moda, o de submoda, lugares a los que, por otro lado, va cualquiera, lo que quizás sea su distinción. Su poesía es íntima, pero no intimista. Es más una poesía de ropa interior que de sentimientos. Mezclan sin criterio alguno la industria con el psicoanálisis, la filosofía, el vudú, el sexo, el bricolaje o la repostería, y hay en sus versos un hondo compromiso político y social con el anonadamiento, con una especie de *spleen* contemporáneo, sucedáneo hueco del modernista, matizado por la cultura de masas —ellos son en sí una masa— y el arte como producción indiferenciada de poemas o calcetines estampados. Tan honda es su visión de la realidad que rebotan contra el fondo y suben a la luz transidos de la negrura de abajo. Por la nula gesticulación de sus figuras, hemos de suponerles un mundo interior muy espacioso, una catedral interna en la que danzan alegremente, mientras que hacia afuera pasean con los brazos pegados al tronco y la piel del color sucio que resulta de mezclar toda la paleta con un pegote de blanco.

Presentamos aquí la selección que el eminente crítico preparó para una antología que iba a ser publicada por la *Editorial Prisma*, faro y mecenas de la lírica española actual, con el título de *Antología de los ultimísimos novísimos emergentísimos*. La crisis financiera y la triste muerte de Bauzau por una sobredosis de acelgas truncaron el proyecto. Tras haber reposado varios años en un cajón, lo rescatamos y ofrecemos de forma gratuita y sin permiso de los autores, aunque a ellos, al ser zombis, poco les importa, y quizás ni se enteren. Hemos renombrado la obra con un título que nos parece más adecuado: *Antología del desperdicio*.

P.d. No se incluyen notas biográficas. Sus datos se pueden encontrar fácilmente en internet y carecen de interés. Todos nacieron y algunos ya han muerto, todos estudiaron cosas variadas en la universidad, desde informática hasta enfermería, pasando por filología clásica y administración de empresas. Todos han tenido sus amores y tienen sus aficiones, desde la gastronomía hasta el alpinismo, pasando por el voluntariado y el cine. Ahorramos al lector esos horribles muestrarios vitales que todo lo inundan. Los versos aquí presentados, si dicen algo, deben hacerlo por sí mismos, no por su referencia a ninguna exterioridad. Por lo demás, sus temas son, como suelen decir los imbéciles, los universalmente humanos, aunque muchos de ellos, como el comer y el follar, son compartidos por todo bicho viviente en su más insípida cotidianidad.

Libramos también al lector de los insufribles textos de Ernesto Bauzau, hombre pedante y obsesionado con repetirlo todo varias veces. En la introducción que él preparó, venía a decir, más o menos, que en los versos que aquí se presentan se expresa la hondura desgarrada del mundo actual. No negamos que haya cierto misticismo crítico en algunos de estos poetas, pero no es una actitud que meta la cabeza en ninguna hondura desgarrada, sino más bien en una banalidad a la que dan vueltas sin más.

Todo cómico puede ser un comediante o un bufón.

Magaux camina lámpara en mano como Diógenes en busca de comediantes ocultos en el enjambre de los bufones.

Isidoro Magaux

Alex Hidalgo

(Huesca, 1987)

La oscuridad de las luciérnagas

Editorial Prisma

(V premio Poesía para Indigentes, organizado por la Asociación
Huesca También Existe)

¿Es que hay algo más allá de las palabras?
¿Acaso no es lo inefable también un decir?

Es preciso ya dejar de aparecer,
dejar el fingimiento colgado del armario,
la silla vacía
y la máscara rellena
de papel de periódico
tirada en el suelo.
Atrás queda el silencio
aullando en los atriles
como un fantasmal teatro
de esclavos que olvidaron
su infancia.

Todo cuanto el cuerpo puede amar
está hecho de roces y vibraciones.
Todo cuanto puede ser objeto de nuestro deseo
es un murmullo rompiente contra los muros.
La luz los penetra y nada en la vida
conoce el vacío o la quietud. Nada nos niega,
todo nos afirma la constante respiración
y cada exhalación es una palabra no pronunciada
y cada palabra es un hiato buscando un vacío.
Todo cuanto podemos decir es una danza antigua
removiendo la tierra.
Los muros se agrietan o se deforman,
pero entre sus arcos siempre hay densidades
capaces de refractar todos los rayos.

Cuando alguien te llama desde afuera
una voz familiar o no
en el precipicio de haber callado
o de decir
cada vez lo de siempre
la esfera
rutinaria, el ámbar, la vendimia,
la poca mística de un día laborable
en mitad del desapego
un mediodía a menos cuarto...
Uno no sabe por qué llegan esas cosas
y menos aún qué dirán y en qué idioma,
son imprevisibles aunque digan cada vez
lo de siempre. Si no fuera así,
no podríamos comprendernos,
viviríamos como céfiros elementales
en mitad de un bosque.

Aneta Biursch

(Valladolid, 1984)

Autopornografía

Editorial Prisma

(IV premio Fundación Lady Fornigosa de poesía joven)

Donde todo lo que hay más allá de mi piel
se disuelve
y más al centro, donde hasta mi cuerpo
inercia.

Cuando las luces deslumbran
y los placeres aterran
saciarse eternamente de novedosas
repeticiones.

Nada huele
nada camina
la hierba está en silencio,
ajena a nuestras pisadas.

Que todos callan lo escucho en sus aullidos,
que todos vagan sobre el blanco del papel
rodeando lo quemado,
zarzas sobre el mármol.

Sólo *Tú* puedes romper este silencio.

¿Puede haber belleza sin deseo?
Sé que estás respondiendo que sí,
estás lleno de filosofías y las palabras
se repiten en tu boca como una mala
comida.

Pero ¿qué son belleza y deseo
sino palabras? Afuera de ellas,
¿cuál es la respuesta?

Tengo en el alba de mi penumbra
tu luz abultada,
se derraman tus ojos mudos
y caen por la pendiente
del vacío.

La soledad es un eco esquivo,
una viga atravesada entre las pestañas.
No hay leyes de la inercia
capaces de ocultarte
ni átomos que te deshagan.
Si caes hacia lo alto,
el zodiaco es tu cuerpo
arcano de mi desgracia.

Ramiro López-Canetti

(Lugo, 1985)

Misticismo para dummies

Ediciones Úrticas

(XXIV premio Olivares de Jaén de Poesía Mística)

Oda a los idiotas

Los idiotas saben muchas cosas.
Roguemos a ellos el néctar
que Dios, a su imagen y semejanza,
exprime para nosotros.
Escuchemos de ellos la ley
que todo lo abarca en sentencias
perfectas y completas.
Bebamos de ellos la savia
que criba los pensamientos
hasta limpiarlos de impurezas.
Dancemos su música atronadora
por los círculos de los círculos,
amén.

El más simple

Mirad al hombre más simple.
Coge un palo y es un palo,
coge una piedra y es una piedra.
No filosofa a la francesa
llamándole *retortivé* a doblar
una esquina. Él la dobla y basta.
Mirad y aprended a ser.
Nada de sentarse en la posición
del loto fresco de la mañana.
Lo de fundirse con el universo
es para fracasados, para tontos,
débiles e inútiles que se creen
lo que otros inútiles arteros
les cuentan.

Mirad al hombre más simple.
Baja por el camino y coge una piña
caída de un pino y dice:
«Que piñas más gordas tiene ese pino».
Ve con claridad y no le da por pensar
si la piña representa la decadencia
del ser o la transmigración del alma.
Miradle cómo sigue su camino
con su bastón de madera de castaño
que le trajo su yerno de Palencia.

Teorías retorcidas

Unos físicos americanos dicen que el universo es un holograma. Pero ni decirlo ni serlo le cambia nada al universo en el que vivimos y que es el único que hay.

No se le ven los pelos de la nariz a Dios ni se descubren los scripts con los que lo ha programado todo.

Y sin embargo, algunos creen que podrán jaquearle para ponerse dientes eternos y viajar de aquí a Júpiter en un pispás.

Pero, ¿qué hay en Júpiter?

Desde luego, no tomates riquísimos como los del huerto de ese hombre de ahí.

Ese que con su sanísima ensalada y un poco de ciencia moderna va a vivir cien años.

¿Para qué más?

René Franshausen

(Buenos Aires, 1983)

La mujer y el musgo

Ediciones Ombigo

(III premio de poesía Fulgencio Garbajosa de Moracillas del Tuescar)

De ver tan nítido, soy demente.
No sé de qué me hablas,
pero quisiera envolverte.
Te veo y es como si tú no vieses nada.

De ver tan lúcido, extraño
y seré como el viejo verde del espino,
borracho siempre,
varado, mientras las sirenas de pánico
gravitan mi letanía de esteta.

De vagar entre veredas, mendigo
que pide pan y recibe caricias,
fugitivo de maltrecha esperanza
y manos de ceniza.

De mirarte hondo como si danzaras,
vuelo, y podría asirte en un suspiro
la faz de barro
por la locura de mi lejanía.

De arder pausado,
el hielo es un sudor extravagante,
surcada laxitud sin sustento
que se pierde por caminos de nadie.

No eres aquí bienvenido,
parecían oler sus yemas
tanteando la espesura de mi estancia.
Montado en un lecho salvaje
de crines de oro, bebí el estanque
de sus huellas y sacie
sus cantos con mi ceño herido.
Sobre un camino de huesos,
escapaban quebrándose gemidos
y un tejido burdel teatro
entre las cañas neblinosas
me embriagaron de sentarse en mi regazo
y llorar despreciando mi mano.

No eres tú el esperado,
mi bello apátrida del mundo de los lúcidos,
has fraguado en la arena al sol del mediodía
las ampollas de tu lucha.
No eres tú el sediento,
pero muere de sed.
No eres tú el Mesías,
pero deja que me ría un poco más de ti.
No eres tú mi amor,
pero deja que te ame a pedazos.
No eres tú el heraldo,
pero deja tu mensaje.

De sábanas ciegas los ojos
me llevaron de la mano por estancias,
los gemidos de antorchas enredadas

en ventanas al cielo, de piedra y arena;
me llevaron lúcido como al desterrado,
abrazada la piel de su impúdica cárcel de susurros.
Me llenaron mentiras de hilos al viento
y la mano jugaba con mi sed, caudal dorado,
sobre su vientre.

Martina Berruco

(Almería, 1985)

La papelera

Ediciones Adelfas

(LXVII premio de poesía Ediciones Adelfas)

Adónde van los poemas cuando vacías
la papelera de reciclaje...

Adónde van las palabras torpes,
la ofuscación de un poema forzado,
o de un poema sublime
pero demasiado propio,
un poema tan legible para uno mismo
como ilegible para el mundo,
cuyas declaraciones descarnadas
quizás pudieran hacer estallar mi pecho
en los ojos de otro.

Adónde va toda esa basura,
¿en qué se recicla?,
¿en facturas, en cartas de hacienda,
en cuentos ridículos, en manuales
de programación...?
En todo ello, quizás, esté diluida
nuestra mejor poesía.

Hay un hombre que viene conmigo
a todas partes y me ofrece baratijas
que saca del fondo oscuro de su chaqueta.
Me las pone en la nariz y me tapa los ojos.
¡Mira, mira! —dice sin parar— ¡prueba, prueba!,
¡compra, compra! Yo lo espanto
como se espanta una mosca y aparece
al otro lado y sigue con lo mismo.
Su mercancía es infinita y cualquier cosa
puede serlo. He visto entre sus manos
collares de hueso, zapatos de piel,
espejos transparentes, armarios de humo,
perfumes de agua del grifo, libros en blanco,
trompetas selladas, guantes de cristal,
almohadas de cemento...
Todo y nada, la vida y la muerte
envueltas en plástico;
el amor y el odio en bandejas de cartón.
¡Mira, mira! —dice sin parar— ¡prueba, prueba!,
¡compra, compra! Yo lo espanto
como se espanta una mosca y aparece
al otro lado y sigue con lo mismo.

En lo más apartado de la librería
están los poemas.
Algunos libros tienen lomos estriados
y hojas abiertas,
pero la mayoría esperan intactos
al amante casual de sus visiones.
Yacen todos en el orden rectangular
de los estantes, como lápidas
con nombres olvidados.
En su interior, las cenizas reposan
en lengua muerta sobre la sábana
y ningún viento las esparce
por los campos que han soñado.
Si así lo hiciera, ¿qué haría
sino disolverlas en lo oceánico?
Aun mudas, están vivas,
quietas bajo el polvo del desván,
incapaces del movimiento que las lleve
a otras bocas.
De la declamación pasaron al pensamiento,
y de ahí al destierro. Afuera las palabras
se degluten en luminarias privadas
que se licúan y cesan con cada pulsión.
Adentro sobreviven los muertos.

A lo más apartado llega a veces
un extranjero con las tablas de la ley
en una mano y el bastón en la otra.
Busca un libro —un solo libro—
cuyas señas desconoce
y se marcha siempre con las manos vacías.

A veces el entusiasmo llega a nuestra puerta
y ve la sombría ceniza de nuestra respiración.
Entonces no sabe si entrar o dejar
que nos agostemos hasta el sueño.
Ya habrá un mañana, parece pensar,
un mañana de pasos indecisos
que soliviantar, y se va de puntillas
para no ser notado. Nos deja solos,
carentes de una gracia elemental
que esperamos como lluvia de verano.
Pero si nos levantásemos, veríamos
al visitante llegar y nunca entrar;
se marcha siempre flotando y jamás posa
las pezuñas en la tierra ni tañe su flauta,
quizás ni sepa. Solo deja como rastro
un aroma a sudor y aguardiente.

No es él quien ha de visitarnos,
sino nosotros quienes hemos de hallar
el camino a su guarida.

Raúl Sanz

(Madrid, 1975)

Libro inexistente

Editorial Magaux

(I premio de poesía Banda de Bandurrias de Bucarest)

Al acueducto de Segovia

En Segovia hay un acueducto
que servía para llevar agua y ya no la lleva.
¿Qué sentido tiene que siga en pie si ya no sirve para su
propósito?
Dicen: ¡la Cultura, la Historia, la Memoria, el Arte, los
Romanos...!
O, peor aún, el Turismo, que da mucho dinero.
Sí, pero un acelerador de partículas, por ejemplo,
da más dinero porque acelera partículas y sirve
para acelerar partículas.
¿Por qué no convertir ese feo y viejo acueducto
en un lustroso e hipermoderno acelerador de partículas
que dé la vuelta al mundo?

El cercanías

Cada cinco minutos pasa un tren
de Móstoles a Alcorcón y viceversa.
A veces me siento y lo miro ir y venir.
Hay pueblos por los que jamás pasó un tren,
y entre Móstoles y Alcorcón pasan un montón
cada día.
¿Qué les queda por hacer a estas dos aglomeraciones
tristes?
Está aquí, a pesar de todo, la poesía entera.
No hace falta viajar más
ni ir en busca de los *quachepollas* ni los *yurungas*.
Aquí, entre la zapatería *Mariloli* y el bar *Pedrete*,
hay tanto chamanismo, tanta superstición, tanta magia,
tanta rústica y sana mistagogía
como en el más exótico poblado de cualquier selva.
Al lado de la estación, unos negros de Nigeria
te pueden leer los pelos de la nariz.
Hablan entre ellos en ruso y adoran a Butragueño.
Su ciencia es superior a la nuestra
y ya poseen a nuestras mujeres.
Un día poseerán a nuestras hijas. Quién sabe si entonces
seguirán pasando los trenes o un dios humilde y a camello
esparcirá la mierda de su montura para sepultar
de cemento las vías.
Para entonces, habré cogido un tren y jamás regresaré.
Porque sé, del modo en que saben los vegetales*,
que nunca se regresa.

*¿Acaso no saben la lechuga y el tomate que hay que echarles
aceite de oliva?

A todos los poetas de la galaxia

La mayoría de los poetas de hoy no tienen nada que decir, y cada vez menos.

Algo que decir que interese a alguien que no sea un pariente o un bobo.

Es obligación que a uno lo detesten los parientes, y en tanto que tal cosa ya no es posible a través del arte —lo más trasgresor que uno puede hacer hoy es meterse a cura—, ya nadie tiene nada que decir.

Tuvieron que decir aquellos que vivieron algo que estaba muy por encima de las palabras. Hoy todo está muy por debajo, y por eso las palabras bajan y se utilizan como rasquetas para quitarle la mierda seca a la barbacoa.

Cuando las palabras están altas, los poetas balbucean como peces fuera del agua, como peces que luchan por sobrevivir.

Así ha sido casi siempre hasta la llegada de las vacunas, los antibióticos y la sanidad pública. La poesía es un producto más de los que se venden en las farmacias.

El gran público

Escribir para hombres simples,
para mujeres horteras,
para gentes que se pirran por la loza
de los grandes almacenes,
para eruditos que adulan y compran
al filósofo Wojtyła
o cualquier otro humanista de contraportada.
Escribir para jubilados que cada día te recuerdan
que ellos no han estudiado
como si algo quisieran decirte, ¿pero qué?!,
para señores que se paran ante unas ruinas
porque oyeron que hay que pararse,
que adulan unos versos porque están impresos
en un escaparate
y los leen del revés como si leyeran
una adivinanza que, por supuesto,
siempre acaban desvelando
como excelsos hermeneutas.
Escribirles a los muchos, la mayoría, que caminan
indiferentes y para quienes la poesía no es nada
más que una enigmática impostura engolada
de rimas y metáforas.
Escribirles a ellos, ¿a quién si no?,
como quien lanza piedras a un abismo
cuyo fondo no escucha.

Qué estúpida tarea.
Acaso sea solo el testamento
de quien no tiene posesiones
ni descendientes.

Eulalia Carreter

(Valencia, 1977)

Conversaciones secundarias

Ediciones Pirrónicas

(IV premio de poesía El fular de Luis Antonio de Villena,
organizado por el Ayuntamiento de Mondoñedo)

—¿Quién ha venido?

—Nadie.

—He visto abrirse la puerta y la bufanda del perchero se
ha movido por el aire de alguien que ha pasado.

—Nadie ha entrado, estamos solos.

—¿Has sido tú el que ha venido?

—No, yo llevo contigo desde siempre.

Lo mira con cariño y le acaricia la frente.

—Ahora, duerme.

—¿Estarás aquí cuando despierte?

—Estaré aquí siempre.

—¿Y cuando muera?

—Sí, estaré aquí para velar tu ausencia.

La paz le concede el sueño. La puerta sigue abierta y aquel
que ha salido la cierra muy despacio para no despertarlo.

—Madre, ¿es verdad que las fotografías roban el alma?
—¿Dónde has oído eso?
—Se lo he oído gritar a un hombre en la calle.
La madre mira espantada a su hijo y se pregunta: ¿aún
hay hombres que gritan en las calles?
—¿Es verdad o no?
—Sí, es verdad —sabe que ya no puede seguir
mintiéndole.
—¿Y qué es tener un alma?
—Es gritar y que nadie te escuche.

Hay un reloj de arena sobre la mesa. Los granos caen
uno a uno, su ciclo es inmensamente largo.
—¿Cuándo se completa?
—Nadie lo sabe, lleva aquí desde siempre y aún no se ha
vaciado ni una sola vez.
—Eso quiere decir que no hay tiempo.
Todos lo miran aterrados.
—¿Acaso no ves que cada grano es un segundo del reloj?
Sus horas tienen trillones de segundos.
Pero la réplica es sencilla:
—Los granos son todos desiguales, caen a destiempo.
Solo su totalidad puede ser llamada tiempo. El resto
no son más que sucesos irregulares.
Todos lo miran en silencio a la espera de la sentencia.
—No hay tiempo, sino un instante único que dura la
eternidad.

Samuel Valladares

(Madrid, 1981)

Los deambulantes

Editorial Cinabrio

(XIII premio Ciudad de Alcorcón de poesía)

Hubo una época en que apenas decías
y sin embargo era aquella una escasez
embriagante, cargada de atardeceres
y de encuentros casuales, de palabras
cotidianas puestas en el papel
como quien lo saca por despiste
pegado a la suela del zapato y pisa
las aceras y habla con el portero o
con el conocido que pasa apresurado
bajo la lluvia.

El verso se rompía por el roce
y un acróstico mágico se desvelaba,
no importaba si nacido del azar
o intencionado, como niños rompientes
lo arrancábamos. Nos enseñó a sentarnos
y a fijar la atención en naderías.
Ahí estaba el arcano sentido,
cualquier fasto se volvía ridículo
ante el devenir pasmoso de los tropiezos.
Te imaginaba contando anécdotas
en plazas de otro tiempo.

Tè imaginaba escribiendo a lápiz
en hojas amarillentas y desiguales.
Tè imaginaba entusiasmado y tranquilo,
capaz de saborear un humo áspero
y de mirar por la ventana siempre abierta.

Apenas decir ya no es posible.
Se quiere demasiado para no vivir,
para tener solo palabras deambulantes
que se miran unas a otras.
O se quiere tan poco que apenas
es posible el paseo y un reposo callado.

No he visto jamás un espíritu
ni sé lo que es el alma. Pienso
y nada concluyo. Todo se lo debo
a un cuerpo que maquina entre
la tierra, que arranca raíces y afila
ramas para cazar. Todo se lo debo
a un oficio, el que sea, que me llevó
de aprendiz a maestro
y de maestro a ignorante.

No puedo regresar
y sin embargo
estoy volviendo siempre.
El portal, al fondo del ladrillo,
un sexto piso y una barandilla
de hierro desnudo.
La arena hiriente
bajo el cielo de la infancia,
la multitud que se apiña
alrededor de sí misma.
Luces de hierro en la noche
y en la madrugada
el canto de los gorriones
que vuelan entre las casas.
Desde la ventana se oyen
los gritos desenfrenados
y al sol clavado
en las antenas que cubren
el ocaso.

Laura Urbietta

(Madrid, 1978)

Las palabras incrustadas

Editorial Prisma

(II premio Centros Florales, organizado por el
Partido Popular de Villalpardo)

No hace falta ya más milagro.
Todo nuevo portento es una quemadura
en alguna hoja del libro,
algún copista que se durmió
y soñó que su candil se expresaba
echando sobre lo escrito la saliva.

No es necesario otro mundo,
basta con este.

El mundo continúa más allá de las palabras,
pero también las palabras más allá del mundo,
hacia el entrechocar del abismo del sinsentido
¿Acaso podemos rasgar su tela de araña
y volar como el ave rapaz cuya mirada
penetra la distancia?

Quien así lo hace, ¿calla, escucha, sabe?
Quizás no hayamos oído nunca
el verdadero rumor del arroyo
ni el silbo danzante de un sol llegado
a su límite.

Quizás no conozcamos el silencio,
sino que lo suplimos como ahogados
teatrales que aguantan la respiración
para dejarse penetrar por el estruendo.

El siniestro privilegio de la imaginación
es suplir lo devastado. Anhelar, a cada bocado,
lo ya digerido.

No saber callar
ni en un millón de palabras
decir nada.

Cuando todo queda dicho en un suspiro,
escuchar el silencio es la contradicción
de quienes paladean lo inefable.

Aitor Traviesa

(Portugalete, 1982)

Óxido

Ediciones Omblico

(VII premio poesía Cinética de Ediciones Omblico)

Canto opresor
polifónico y perfecto
medido en industrias
tañido en lo excelente.
Canto virginal
barniz del abuso
que apaga el grito
y trueca los hierros
en sedas imaginarias.

Minerías

El placer de la honda tierra
negras vetas amanecen
y las siluetas calcinadas
de diamantes se evanecen.

Nos calma el grito lejano
yacimiento de infortunio
trepanados los regueros
de la sed de edenes turbios.

Galerías que enmarañan
los telares en los fosos
y las telas que han soñado
de metales neblinosos.

Para nada ya cimientos
derrumbados los lugares
sobre lombrices cegadas
que perfidian lupanares.

De frío de gas impuro
la locura en luz del vientre
hace ramas del metano
abrasador de la fiebre.

Carmen Remorti

(Sevilla, 1987)

Evado permanente

Ediciones Úrticas

(IX premio de poesía Prensa Liberal)

Se sientan sin pensar que se sientan
sobre papeles...

Tengo la cabeza en el bar,
dice en su silencio el viejo abogado.
Los que le hablan llevan el sonido
de las copas, el zumbido asfixiante
de la clientela, el olor alcohólico de los chistes.
Pero todo esto son asuntos muy serios, o qué
más da una cosa que otra. En el jaleo
no distingue la ley del deseo, el grafismo frío
del código de la risa escupida. De lo que se ríe,
sin embargo, es del silencio eterno que lo envuelve,
del zumbido gris que machaca el verbo
y lo vierte como ceniza sobre sus ojos.

...sobre papeles de cualquier cosa,
sobre el manuscrito de muerte del último hombre
o sobre el manual de uso del aire acondicionado.

Es un hombre remoto de esos que aparecen en las estaciones de autobús de capitales de provincia. No se sabe de dónde viene ni adónde va. Ni siquiera hay seguridad de que viaje, podría estar allí, simplemente, pero nadie se para a preguntárselo, se le ignora y él se camufla en el tránsito. Deambula entre la taquilla y la máquina de porquerías. No compra en ninguna, quizás no tenga monedas, quizás no tenga hambre. Entonces desaparece y vuelve después de un rato, ha estado dando vueltas alrededor del edificio de la estación para hacer tiempo. Quizás su autobús salga dentro de muchas horas, incluso días o semanas. O nunca. A su vuelta, entra por primera vez. Siempre entra por primera vez y podría estar allí eternamente. ¿Quién pude decir si se ha marchado o sigue allí, entre la taquilla y la máquina de porquerías, o dando vueltas alrededor de la estación o sentado en el váter sin ganas de nada solo por hacer tiempo hasta que salga un autobús del que aún no ha comprado el billete?

Quizás los trabajadores de la estación puedan decirnos si ese hombre sigue allí, aunque la rutina les hace ver que todos son el mismo viajero. Todos están de paso. Monedas que caen deglutidas metálicamente por las máquinas.

A los que se paran a pensar
y a los que no se detienen nunca
les une la misma desazón primordial.

Jaime Garcinuño

(Cáceres, 1980)

La apatía del condenado

Ediciones Pirrónicas

(Premio Ciudad de Poesía de poesía)

Tengo una necesidad de caminar
desnudo por las calles en invierno
fuera de temporada
fuera del supermercado
fuera del cuerpo.
Posaría para todos, me haría fotos
con la cenicienta que pone las multas
en las esquinas,
con los vendedores de fruta,
con los ministros, etc.
A todos les mostraría este cuerpo
hermoso y vulgar, patizambo y velludo.
Y si tuviese una erección, no la escondería,
no podría, ¿para qué?
Me pasearía enhiesto y dejaría que las niñas
escrutasen el lunar que tengo ahí.

El crisantemo es una flor solar,
pero de otro sistema,
especialmente cuando huele a tierra recién removida
y lo tomo con mi mano y lo rompo y lo arrojo
al vacío del camino que gira por el espacio exterior.
El lirio, sin embargo,
huele a suela de zapato barato.
Y la rosa a mujeres muertas.

La casa se ha hundido
como si un viento de lobo la hubiese devorado.
Los muros yacen a los lados
y hay barro de pisadas en el pasillo.
Sus moradores han quemado sus ropas
para calentarse y permanecen
en el salón acurrucados
entre restos de carcoma
bajo un cielo implacable.
Los cardos crecen entre las piedras
y sus pinchos refulgen de alhajas,
pero los ladrones no se llevan nada,
atraviesan el hogar, saltan el fuego
y siguen su ruta hacia el presidio.

Lucía Fernández

(Oviedo, 1979)

Mi chocho brilla en la oscuridad

Editorial Cinabrio

(V premio de poesía Enfermenina)

El claustro entre tu pecho
el ábside en la ingle
mandala de tus órganos internos
cervical insípido
fruta depauperada.

¡Orbítame como un kiwi!

No me paro a mirar las desgracias ajenas.
Si intuyo que un perrito va a ser atropellado,
aparto la mirada y cierro muy fuerte los oídos.
Me miro abajo y nada del mundo me llega.
Abajo, ahí, guardo un secreto
de colorines.

¿Qué se puede hacer por las tardes
después del trabajo
o después de la nada?
Peor aún, ¿qué se puede hacer
las tardes del domingo?
O peor aún, ¿qué se puede hacer
las tardes del domingo
cuando hace buen tiempo?
O peor aún, ¿qué se puede hacer
las tardes del domingo
cuando hace buen tiempo
y gozas de buenas salud y dinero
y vives en un país tranquilo,
sin guerras y sin crímenes?

Respuesta: *Aniquilarse.*

Jesús Paramécio

(Segovia, 1974)

La música de mi ombligo

Editorial Revuelta

(X premio internacional de poesía Ciudad Juárez)

Desde el momento en el que te señalaron
con el dedo viejo y artrítico del moribundo,
el nombre se borró de tu rostro
y pasaste a ser aquel de impreciso carácter.
Ellos querían oír la palabra que traspasa
como la espada del huno desde la nuca,
querían oírse la miel de los dioses en el trance
de sus cópulas. ¿Cuándo acabó aquel mundo?
El dedo sabe lo que todos desconocen
(que la tierra bajo sus pies se derrumba).

Vistes tus cachorros de bronce
y bajas por la avenida en acidez
en palios quebrados esfinges de mirada torva
cierran el paso a palacios de luz anémona.
Dios está por ahí limpiando letrinas
y se ríen despaciosamente de él,
ellos, que no saben que son hombres;
mas ¿qué saber cuando bajas taimado
a depositarte y entregas alimento
a orillas del Mar del Norte?
Los cuerpos navegan en cruceros infectos,
embarcaciones de carne de muchos cuerpos,
las voces rutilan vastos anclajes
y oh pecados esféricos,
pecados seriales como enfrente de uno mismo,
pecados rítmicos del mediodía,
pecados tácitos sin objeto,
sarna romántica de la estera
que apura las vértebras.

Me atribuyo la gangrena colectiva
de que sangren las palabras,
tribu amorfa y vasta de pedazos
de cualquiera tirados por la acera,
sonrisas blancas de la suerte
sin rostros que las vistan.
Me abrigo la piel por otros muerta,
calzada cuyo rastro cae
hacia la ribera del río devoto
de toda virgen sin vida,
marginales presencias, familiares
llovidos de otros mundos,
lengua peculiar de sus posadas
donde sirven lo que mata al extranjero.
Oigo las campanadas yermas de la ciudad vieja
que no son de arena ni tienen llanto,
sino sobrias fauces de una infancia
perdida entre las calles;
ciudad rugiente y callada
que arde a sus muertos en fosas
hundidas con parlantes cadenas.
Habito el mundo ahuecado por ocupar
el espacio necesario para el tráfico,
suplantado por hálitos en video
colgados del cielo, más eternos
y más narcóticos que cualquier dios...

Lejanas son las costas del mar
que imagino siempre tras la industria.

Carla Torrecilla

(Logroño, 1986)

Árboles

Editorial Prisma

(IV premio poesía ecologista Bluelove)

Para los árboles que viven entre autopistas,
el tráfico es algún mar
y como el mar a veces, se desborda o está en calma.
Para ellos es naturaleza, continuidad de su cuerpo.
Como para las golondrinas nuestros muros.
Ellos no diferencian.
La continuidad con las cosas es una sabiduría
no hecha de palabras
ni de espejos.

Lo ilimitado

Lo ilimitado no puede extenderse
ni caminar a otro lugar
ni mirar hacia otra parte.

Lo ilimitado no puede escuchar
palabras de otro
ni alzar la voz para hablarte.

Lo ilimitado no siente el cuerpo
tumbado sobre la hierba
ni las caricias
ni los golpes.

Lo ilimitado no tiene sombra,
la luz no lo alumbra
ni el aire lo mueve
en busca de la fugaz presencia
de quienes vienen y van
cansadamente
o con alegría
como pequeños mundos
que aspiran a no cesar.

Víctor Mediavilla

(Barcelona, 1980)

Pastel de Boño

Editorial El vientre de Morheimer

(I premio Zapatilla de Tomate)

¿Qué es el Boño? Cualquiera puede inventarse una
palabra

y hacer con ella delicias reposteras.

Un pastel con una base de crujiente infancia

y la crema de los azares adolescentes.

Encima, el bizcocho de los estudios, la embriaguez
y el trabajo.

Y coronando, la muerte pronta.

Os lo vais a comer

todo

¿El sentido de la vida?

¿Cuál es el sentido del sentido de la vida?

Etc.

No, todo lo más, yo hago planes para las vacaciones.

Esa es mi mayor hondura.

El gusto es grano para las gallinas.

Es todo lo mismo, llega en el mismo camión,

aunque hay insignificantes diferencias

según le dio más o menos el sol o la lluvia.

Cada gallina tiene sus preferencias.

Habrà que colmarlas de este caviar

a cambio del suyo.

Athanasius Berguez

(Zurich, 1973)

Teatro Huero

Editorial Magaux

(Libro incompleto no premiado en ningún sitio)

Fragmento del acto primero

Dos hombres vestidos de gris sobrevuelan las cabezas de los espectadores. Uno de ellos [Fue] les clava puñales en las sienes mientras el otro [Es] ríe.

Es:

Mi amigo está buscando vuestras palabras. Sabe que las tenéis ocultas en algún lugar entre la piel y el cráneo. Y más al fondo aún hay restos de idiomas antiguos, especies muertas de reptiles, anfibios, peces, costras natatorias, insectos abisales de formas impensables, eléctricos, mortales... Todo lo que un día fuisteis. Él está obsesionado por sacar de vosotros toda esa vida, aunque sea en sombras luminosas... A él le divierten y hace malabares con ellas ante vuestros ojos. Primero con un balbuceo, luego un verbo y su predicado, añade adverbios, adjetivos, etc. ¡Miradle ahora! Con vertiginosos ademanes

revuelca ante vosotros los discursos de pueblos enteros.
Agita la Odisea en su lengua primordial con tanta celeridad
que hipnotizados veis formas que se suceden
como la más prístina realidad. Autopistas infectadas
de automóviles que rugen como grillos.
El humo alcohólico de vuestros padres,
vuestras abuelas en bikini, viejas raquetas de hierro.
La grava de los pantalones bajo el sombrero
y una figura metálica y robótica, una mascota
huérfana de amor...

Fue:

Lucifer arcano
líbrame de todo mal
en risa y amor
descansa el inmortal.

*Entra un tercer personaje [será],
es un andrógino de cuerpo de cristal,
lleva una sonrisa en el pecho
y una lágrima en el ano.
Hace gestos pausados pero no habla.
No tiene aparato fonador.
De repente, Fue se cae. Se parte en pedazos
pero no sangra. Unas manos espantosamente
abiertas reptan y se recogen, forman una
figura nueva, inhumana, un animal nunca visto
e imposible.
Ahora tiene la boca en un pie y habla desde
ahí:*

Fue:

¡No!
Ha dicho el inmortal,
el inmarcesible,
el inesperado,
el inefable,
el impensable,
el invisible,
el inocente,
el inconsciente.

Fragmento del acto tercero

Un grifo y un pomo salen de un baúl y se depositan sobre una mesa blanca.

Un grifo:

Siempre hay alguien más poderoso
que el más poderoso de los seres.
¿Quién es más poderoso que un emperador?
El hombre que posee mayores riquezas,
¿y quién más que este?
Aquel que nada posee y camina descalzo
por los montes. Y más poderoso que este
es el caracol, que ni siquiera tiene pies
que calzar ni otros dilemas.
Pero el caracol es pisoteado en mitad del camino
por el caballo, ¿quién es más poderoso que este?
El señor que lo monta, y más aún su rey, etc.

Un pomo:

¿Y Dios?

Acaso no es él el más poderoso.

Un grifo [mirándole con desprecio]:

Cualquiera de nosotros, incluso tú,
la más triste y roma de las criaturas,
puede más que él.

Índice de autores y poemas

Alex Hidalgo	11
<i>La oscuridad de las luciérnagas</i>	
¿Es que hay algo más allá de las palabras?.....	11
Todo cuanto el cuerpo puede amar.....	12
Cuando alguien te llama desde afuera	13
Aneta Biursch	14
<i>Autopornografía</i>	
Donde todo lo que hay más allá de mi piel.....	14
¿Puede haber belleza sin deseo?.....	15
Tengo en el alba de mi penumbra.....	15
Ramiro López-Canetti	16
<i>Misticismo para dummies</i>	
Oda a los idiotas	16
El más simple.....	17
Teorías retorcidas	18
René Franshausen	19
<i>La mujer y el musgo</i>	
De ver tan nítido, soy demente.....	19
No eres aquí bienvenido.....	20
Martina Berruco	22
<i>La papelera</i>	
Adónde van los poemas cuando vacías.....	22
Hay un hombre que viene conmigo	23
En lo más apartado de la librería	24
A veces el entusiasmo llega a nuestra puerta.....	25

Raúl Sanz	26
<i>Libro inexistente</i>	
Al acueducto de Segovia	26
El cercanías	27
A todos los poetas de la galaxia	28
El gran público	29
Eulalia Carreter	30
<i>Conversaciones secundarias</i>	
—¿Quién ha venido?	30
—Madre, ¿es verdad que las	31
Hay un reloj de arena sobre la mesa	31
Samuel Valladares	32
<i>Los deambulantes</i>	
Hubo una época en que apenas decías	32
No he visto jamás un espíritu	33
No puedo regresar	34
Laura Urbiet	35
<i>Las palabras incrustadas</i>	
No hace falta ya más milagro	35
El mundo continúa más allá de las palabras	36
Aitor Traviesa	37
<i>Óxido</i>	
Canto opresor	37
Minerías	38
Carmen Remorti	39
<i>Evado permanente</i>	
Se sientan sin pensar que se sientan	39
Es un hombre remoto de esos que aparecen	40
A los que se paran a pensar	40

Jaime Garcinuño	41
<i>La apatía del condenado</i>	
Tengo una necesidad de caminar	41
El crisantemo es una flor solar	42
La casa se ha hundido.....	42
Lucía Fernández	43
<i>Mi chocho brilla en la oscuridad</i>	
El claustro entre tu pecho.....	43
No me paro a mirar las desgracias ajenas.	44
Jesús Paramécio	45
<i>La música de mi ombligo</i>	
Desde el momento en el que te señalaron.....	45
Vistes tus cachorros de bronce	46
Me atribuyo la gangrena colectiva.....	47
Carla Torrecilla	48
<i>Árboles</i>	
Para los árboles que viven entre autopistas	48
Lo ilimitado	49
Víctor Mediavilla	50
<i>Pastel de Boño</i>	
¿Qué es el Boño?.....	50
¿El sentido de la vida?	51
El gusto es grano para las gallinas.	51
Athanasius Berguez	52
<i>Teatro Huero</i>	
Fragmento del acto primero.	52
Fragmento del acto tercero.	54

